Capítulo 7: cuidar a papá

Dante no está de acuerdo. Dice que sí, pero no está de acuerdo. Mira el horizonte, pensando en lo que acaba de leer. "Zuckerman Unbound". Se sienta en el sofá descuidando su postura de militar rebelde. Me mira por ratos, a su izquierda. Se muerde la parte derecha de los labios.

-Tú puedes quedarte, Constanza.

-Pienso quedarme, amor.

-Y está bien. Es tu padre.

-¿Vas a poder con las niñas?

-Yes. La nana está siempre disponible.

-¿Cuántos meses tú planeas quedarte?

-Todos los que pueda. Es mi padre, Dante.

-Bien.

Se va. El hombre que me ama me odia ahora mismo. Lo dejo por un tiempo. Para volver con mi padre. Mis hijas lo van a entender. Lloraron mucho a mi madre, la

querían mucho. Ellas van a entender. Quiero estar con papá. No quiero que muera solo.

Camino hacia los jardines. Mi mamá les puso nombre a algunos árboles. Ese de ahí, el más grande, se llama Leonora. Se agita, como ahora, cuando hay viento. Está a 30 pasos. 60 de mi versión de niña. Tiene flores amarillas y crece a los lados abrazando a las anónimas. Ya por fin tiene ramas gruesas. Regine siempre ganaba las carreras. Mi hermana era gordita y veloz. Papá la alentaba. Y mamá gritaba por mí. Me abrazaba. Me abrazó cuando gané. Sonrió. Qué ojos bonitos. Era muy bonita.

Papá no pudo celebrar su cumpleaños 70 acá. Pero sí el 65. Vinieron algunos escritores de renombre. Poetas y novelistas de varios países. Muchos de los últimos. Al día siguiente papá no quería bajar a desayunar. Regine lo cargó. Tenía 20 años y ya podía cargarlo. Esa niña. Las dos ya éramos madres.

Mamá no dejaba que la ayudaran con la cocina. Regine era muy mandona. Mamá se volvía loca. La señora Mercedes aún no estaba con nosotros.

“¡Hermana! ¡Constanza! ¡Constanza!”

Vuelvo a la casa. Las niñas están en guerra. Quiero intervenir. Dos a cada lado. Y una frontera pintada a mano por papá. Con ríos amorfos y césped imposible. Y encima cartas, el batallón. Los comandos vienen en varios idiomas. Las alianzas están formadas. Usan el lenguaje de la guerra.

Mi hija voltea y me sonrío. La mayor sabe que ha tomado las cartas de papá. Mis sobrinas se ven altivas y mueven sus figuras de arcilla, ídolos de barro. Son diosas, en guerra.

Almita/Soul (11) – Esmeralda (16) vs Azucena/Zakura (14) – Amanda (16)

Inglés – Español/inglés vs francés – francés/inglés

Las niñas vociferan los hechizos con gestos grandes, de magos. Mueven las figuras, caballeros y animales. Colocan las trampas y los señuelos. Un lado coordina en español e inglés y el otro complota en francés.

-Master card! Sir Brun, Gods Slayer!

-Sí. ¡La carta del campeón!

-Go forward 5 spaces!

-Est-ce autorisé? Cheater!

-You have master card Sunflower

-Yes, you have that!, Amandita.

- C'est la carte préférée de Zakura... I /allow/ your card.

-Zakura, be ready. I attack Sunflower.

-Mon tournesol! No!

-Le tournesol peut survivre une fois!

-But Sir Brun will die, sister. Oh. He can return.

-Retour du Tournesol! Tu as perdu, Esmeralda. 1000 points.

-Sir Brun stop all the mortal effects. We must wait the resolution.

-Quoi? Qu'a-t-elle dit?, Amanda.

-Sir Brun retarde les effets mortels

-I special summon Onura from deck and Sunflower now is in attack mode. Onura, with 1700 ATK, destroy Sunflower. You lost.

-Quoi? Mais tu perds 1000 points.

-We both are eliminated. Soul, is all on you. Todo depende de ti.

-Mon tournesol...

-J'invoque spécialement Panda Dual. Il avance de 5 cases.

-Almita, debes defenderte en tu turno.

-Je déplace le Canon Médusa de deux espaces vers la droite.

-Petrificó tu Caballo, Almita. Your Horse can't move now.

-My Horse!

- J'ai tendu un piège derrière mon Canon Médusa.

-C'est ton tour, Alma.

Mi Almita mira el tablero. Cuentas los espacios. Predice las trampas y los señuelos.

-I just need one card. Draw!

-Defiéndete de esa francesa.

-I use Reinforcement and special summon 5 pawns from my deck

-Tu vas perdre.

-I use New Tower and special summon a Tower from my deck. I sacrifice 3 pawns.

-¿Vas a invocar a la carta rara Caballero Capablanca?

-I no need a Master card. No Master card Capablanca.

-¿No la tienes?

-I sacrifice 2 pawns and my Horse. I normal summon Elephant, a basic card. I summon it behind my tower.

-Muy bien, hermana. Pero tu torre no va a llegar. Bien jugado igual, hermanita.

-I use No Limits. Now my Tower can reach you, Amanda.

-Amanda, dis quelque chose. Tu as un piège.

-My Tower move to your Medusa Cannon and both are equally destroyed.

-Tu as un piège, Amanda.

-Now Elephant move to Amanda and attack.

-¿Qué trampa es?, Amanda. ¿Amanda?

-Piège à gauche

-Trap to The Left! Is invalid! Soul, you won. We won. Great play. Wow.

-Superb, cousine. Bien Joué.

Las niñas abandonan el campo de batalla recordando que son de una misma tribu.

Una matriarca grita. Y las protegidas vuelven para resguardar las cartas y figuras del abuelo. Almita guarda la figura de su elefantito en el bolsillo, es suyo.

Las recetas de Regine

Capítulo 16: Elías Monterroso

Era gracioso. Recuerdo cómo se llevaban con la Constanza. Mal se llevaban. Hasta que vino la entrevista y los insultos en el velorio de mamá. ¿Quién busca enemigos en un velorio? El viejito Monterroso.

Cuando tuvo la entrevista, el viejito ya sabía que mamá empezaba a dormir. Eso lo afectó. Dijo cosas muy absurdas. Y otras con bastante sentido. Dijo por ejemplo que las mujeres no deberíamos pagar impuestos y tampoco votar. Eso me gustó. Eso me pareció bueno.

Luego hizo chistes sobre el político del bigote. No reproduzco esas palabras, porque acá en Francia es un tema sensible. Luego se metió con los apristas. Dijo cosas muy duras. Pero siempre destacó que mamá era diferente, que él la respetaba mucho.

Luego de esa entrevista, le dijeron que lo mejor sería que se aleje un tiempo del periódico. Elías lo tomó mal. Le dijeron que se tome 1 semana. Por la entrevista y por mamá. Él renunció, se jubiló. Al día siguiente, mamá murió en la tarde. Y un día después se hizo el velatorio, en privado. Pese a la insistencia de algunas personas. Sin medios, sin cámaras, solo amigos y familia. Ahí Monterroso tomó la palabra y dijo cosas feas. Creo que dijo que el aprismo había matado a mamá.

Creo que fue la única vez que no me reí. Constanza estaba roja de la cólera. Los apristas amigos de mamá se acercaron y uno lo golpeó. Uno grande. Le decían búfalo. Elías no se dejó, pero poco pudo hacer. El viejito ya era decrepito, pero había decisión en su mirada. Los separaron y Constanza les ordenó que se fueran. No le hicieron caso, pero ya no hubo otro incidente.

Constanza le pidió al viejito que se sentara con nosotras. Para vigilarlo. Ahí estuvo calmado. Lloraba. Se quebró. No quedaba nada del hombre fuerte que podía decir siempre lo que quisiera. Ya no tenía fuerza ni columna ni voz. Ahora estaba solo. Porque su esposa y su hijo lo invitaron al extranjero a vivir con ellos, pero él les dijo que prefería morir en Perú. Luchando.

Recuerdo que habló mucho con Constanza esa tarde. Algunos apristas esperaban que estuviera solo para desaparecerlo. Yo me di cuenta. Ellos no me aguantaron la mirada. Quizás yo también tenía la mirada de loco de papá.

Papito apenas dio un discurso y se la pasó explicando cómo había muerto exactamente mamá. Como al final la habíamos llevado a un sueño placentero para que su cuerpito no sufra. Ni papá ni Constanza lloraron ese día. Lo hicieron el día después. Y tuvimos que calmarlos. A papá lo dejamos sentadito frente a los lagos varias horas. Y a Constanza le tuvimos que dar sedantes.

Mucho era el dolor. Yo aún pienso en mamá, en volverla a ver. Pero también en sus abrazos.

El viejito Monterroso visitó a Constanza días después. Y así fue como pactaron que el próximo año empezarían a escribir. “Si sigo con vida. Bueno, si tú sigues con vida, muchacha”. “No me diga muchacha”.

El viejito siguió con sus columnas. En periódicos cada vez más pequeños. Luego decidió que lo mejor era escribir sobre mamá. Era otra lucha. Una contra el tiempo.

Villa Laura (1986)

Capítulo 8: Biblioteca

El sol susurra por la ventana rectangular, de forma libro. Constanza lee, en voz alta, aquellas páginas teñidas por el tiempo. Son como otoño de canto, de plegaria. Con la abuela, la mamita de Laura. Ella recita los libros de un dios. Haciendo pausas. Sin pensar en lo leído. Sin ninguna imagen mental. Sintiendo. “El lenguaje es una herramienta para expresar amor”. Declama Papá en su memoria. “La literatura hay que sentirla: en el cuello, en los hombros, en el pecho, en el aliento, en respiración”. Constanza nada en mar negro, en lienzo negro. Hasta que siente las olas, el sonido del mar, el revoloteo de animales. La calidez y el frío.

Constanza viste de blanco, de pausa. Con un vestido que lo cubre todo. Con 4 botones dorados, grandes y frontales. De tela pesada y liviana. El cuello es una v minúscula que evita la asfixia. Lee en plegaria, a su padre. Los años redondos sujetan su rostro ovalado. Almohadas de mejillas. La falda es azul de mar, nocturno. Pliegues, verticales. Cabellos, sin ondas. Cabellos, oscuros. Mente, fraterna. Mente, mar.

Elías, cabello canas blanco y beige (dorado y cenizo). De saco azul golpeado por el salitre. Con manchas como cielo de verano. Despierta a su aprendiz.

“¿Es usted?, señor Elías”

“Sí... señora, señorita”

“Tenía cabello largo”

“Decían que parecía una lesbiana, carajo”

“No”

“Sí”

“Se ve masculino”

“Ah, gracias. ¿Y lo que escribe ahora? ¿Qué tal?”

“Mi papá quizás ha perdido el rumbo. Quiere olvidar”

“Ya no le importa la literatura. Ese detective es un maricón”

“¿Y eso está mal?”

“¿Ser maricón?”

“Sí...”

“No quiero pelear contigo, muchacha”

“¿Muchacha?”

“No peleemos, carajo”

Las lisuras apenas llegan al taciturno Nasar, sentado, postrado, en tristeza. Música de remembranza. En su voz rasgada, senil. Repetición. En su voz rasgada, senil. “Si me dejas ahora no seré capaz de volver a sentir Si me dejas ahora mi espíritu se irá tras de ti Cabalgará día y noche Sintiéndose soñador y Quijote Porque ataste mi piel a tu piel Y tu boca a mi boca Clavaste tu mente en la mía como una espada en la roca”.

Me duele más... dejarte a ti

Que dejar... de vivir

Me duele más tu adiós

Que el peor castigo que me imponga Dios

No puedo ni te quiero olvidar

Ni a nadie me pienso entregar

Sería inútil tratar de huir

¡Porque adonde voy te llevo dentro de mí!

Y la música sigue y a destiempo con pasos cada vez más certeros. En su canto. Con voz grave, de anciano. Hasta que duerme y la ve en su juventud y se ve él en su juventud. Con voz joven, decidida, de promesa cumplida.

El amor de mi vida has sido tú

Mi mundo era ciego hasta encontrar tu luz

Hice míos tus gestos, tu risa y tu voz

Tus palabras, tu vida y tu corazón

El amor de mi vida has sido tú

El amor de mi vida sigues siendo tú

Por lo que más quieras, no me arranques de ti

¡De rodillas te ruego, no me dejes así!

El libro secreto de los peluqueros

A Laura, mi esposa, quien luchó contra la pobreza, sin armas y sin chaleco antibalas.

La pradera negra cubre un suelo graso y herido. El planeta ruge. "Me cortaste, maricón". El peluquero calma sus manos. El político lo mira a través del espejo, con el desprecio contenido con el que mira al Pueblo. El peluquero sonríe brevemente. Ataca el ojo con la navaja, pero falla. Ataca sin ver. El político, con cortes en la cara, logra pararse, pero olvida las tijeras. Un maricón lo ha matado.

Antónidas reconstruye la escena en su cabeza. Las uñas descuidadas, de ambos. Las canas en las uñas del maricón. El asiento de plástico hinchado igual que las caderas homosexuales. Rojo, como el labial del ultimador. Y un corte temeroso, descuidado. Un intento por desmentir sus 10 años de experiencia. Un asesino improvisado, nervioso, chantajeado. Charly, su joven aprendiz, volverá a la escena del crimen. Disfrazado de una colegiala de cabello largo.

Capítulo 1: cómplice

Lily acarició la cara de Charly, donde los pelos empiezan a insinuar una barba. Las patillas eran largas, pero no se juntaban aún. El joven travesti temblaba. Lo hacían sus dos piernas y su mano izquierda, tímida debajo de una capa negra. Su mirada contaba los pelos dejados por Lily. Y su mano derecha acariciaba su calzón. Y luego los pelos que caían cerca de su pecho. "¿Y desde cuándo te vistes así?, corazón". "Desde hace muy poco". "Ya desde chiquito eres maricón. Está bien. A mí me costó. Allá en mi pueblo me costó mucho. Acá en Lima me insultan, me meten la mano esos cholos. Ay, hijo, cuesta mucho ser maricón. A veces quisiera ser macho. Pero no puedo. Tienes

bonito cabello. ¿O no prefieres que te rape? Así te queda mejor la peluca. Corazón, te espera un camino muy doloroso. Pero a veces el dolor se siente rico. ¿Ya has tenido novio? ¿Cuántos años tienes? ¿16? Te ves de 16. ¿O 15? Agacha un poco más la cabeza. ¿Ya has tenido novio?”. “No”. “Ya llegará. Te va a gustar. O quizás prefieres que yo te inicie en el amor. Soy muy delicada, corazón. Trato bien a mis hombres”. “¿En esta silla murió, no?”. “Ay, no pienses en eso. La limpié con agua bendita. Ese político se quiso propasar con la Marilyn. Es que la Marilyn era puta. Y a ese viejo le gustan las mujeres, pero también las pichulas. Ay, corazón. Yo no estoy de acuerdo con eso. Dios nos dio nuestros cuerpos. Son un templo”.

Charly se dio cuenta de que era inútil sacar información directamente. Se pudo mirar al espejo. Su rostro reflejaba incomodidad. “Dios nos ama”. “Sí, corazón, Dios nos ama. La gente dice que no, pero él nos ama. Yo le rezo todos los días”. “¿Ya? ¿Va a demolar mucho?”, interrumpió un chino algo harto. “Dios los odia. Dios odia a todos los malicones”. “Vulgar, vete, qué asco ese chino. ¿Viste? No, no llores, corazón. No llores. Esta sociedad nos odia”. “Nos odia”. “Pero eso puede cambiar, debe cambiar, va a cambiar, corazón”. “Nunca va a cambiar”. “Cambiará corazón, va a cambiar pronto”.

-¿Alguna novedad?, Charly.

-Tío, lo siento. No mucho. Pero en algún momento ese peluquero de mierda dijo algo sobre que la sociedad va a cambiar. Y enfatizó: pronto va a cambiar.

-Bien, está bajo vigilancia. Sus amigas putas me dieron más información. Ya puedes irte.

-Está bien. Antes me voy a cambiar.

-Sobrino, ¿eran necesarias la falda y la peluca?

-Sí, es parte del personaje.

-¿No se veía nervioso?

-Espere. ¿Dijo algo sobre putas? ¿Y la tía?

-Charly, no hay infidelidad. No es una mujer, es una puta.

-Tío, ¿cómo sabes que el peluquero fue chantajeado?

-Los maricones no tienen ni la fuerza ni la voluntad. Alguien lo chantajeó.

-Tiene sentido.

-Sí, cachorro.

Capítulo 2: el Francés

Nudos en la cabeza, entrelazados. Oro cenizo, gris. Cejas más oscuras, todavía rubias. Ojos mediterráneos, españoles. Nariz recta, inquisidora. Y acento en el paladar. Al frente un súbdito, un maricón, perdido en su mirada.

Y un beso, un beso francés. Para acceder a su mente y doblegar su espíritu.

Aquel hombre no se deja domar. Lucha con su lengua, con sus dientes corroídos. Con sus ojos delirantes. Se apoya de los muslos del francés con cada vez más fuerza. El rubio se defiende hundiendo sus manos en los hombros del maricón. Hunde los pulgares en las clavículas. El europeo gime y penetra con las manos. Hasta que se sujetan del cuello y sus mentes se conectan.

Shadows and Brights. Sky guardians. And lots of sand. That is the image than recurrently appears in my dream, in this other reality. I am the girl. Threats rub my skin. I fight. Always fight. With my thin hands, with my tiny strength.

'Humberto', says the girl. 'Humberto', sobs the girl.

2015

'I can rape men', a friendly voice emerged.

In that moment, I saw the faces of all my comrades. One by one. De derecha a izquierda. [Yes, look at them]. But first their crotch, the innuendoes of everybody force. [What?!]. Aracno clearly was the strongest. But there was another man. When He talked, everybody listened. I can't remember his words but his orders, his sounds. [The French man?] I followed the ass of the mysterious man. [Yes, now his mind].

El maricón es el primero en disparar. Lo hace 3 veces, con furia. Siente la sangre en sus labios. Las heridas frescas palpitan. El sabor a dientes extraños no lo perturban. Tampoco la saliva. Debe huir, pero ya ha ganado. No sabe cómo, pero resolvió el único caso que le quedaba. Mató a quien pudo derrotarlo.

43 años tuvo que regresar en el tiempo nuestro detective ilustre: Charly. Su mundo ya no existe, este ahora es su mundo. El demonio tiene distintos cuerpos y debe matarlos a todos.

Capítulo 3: La Catedral

Las puertas son altas, imponentes. Como la mezcla del ruido. De los vendedores ambulantes, de los orates, de niños allá y bebedores acá. Borrachos sin redención que conversan y ríen a destiempo. La bebida es Dios.

Un cholo atiende las mesas, de un lado a otro. Limpia las mesas de madera oscura, como su piel. Se deja mandonear y tocar los hombros, la espalda. Su camisa abierta muestra bordes de sudor. La radio se apaga, pero nadie protesta. Nadie lo nota. Solo Charly.

“Recuerdo esa canción”

“Te convertiste en todo un hombre, cachorro”

“Sí”

“Pensé que serías maricón”

“No”

“¿Por qué tuviste que besar al terrorista antes de matarlo?”

“Quería besarlo”

“No me jodas”

“Es broma, maldita sea”

“¿Pero entonces?”

“Quería que leyera mi mente”

“¿No vas a tomar lo que ordenaste?”

“Todo es para ti, tío. Me enseñaste todo”

“Gracias. El futuro debe tener de todo. ¿Mujeres robot? ¿Mujeres que duran 10 horas?”

“En el futuro me dura dura por 10 horas”

“Carajo. Vaya futuro”

“Por tu culpa me volví adicto a las prostitutas. Fue a los 16 años que conseguí a la primera”

“De nada, cachorro”

“No te estoy dando las gracias, viejo de mierda”

“¿Qué pasa?, sobrino”

“Desapareciste. Nunca capturamos al terrorista. A ninguno”

“Ya lo mataste. Ya está. A celebrar”

“Tarde mucho, pero lo comprendí. Tú estuviste con ellos. Tú les soplabas todo. Incluso la pichula”

“No seas sonso, chibolo hijo de puta”

“Soy un señor. Tardé, pero ahora te tengo. Mira debajo de la mesa”

“Te equivocas, sobrino. Pero mátame, no me importa esta vida de mierda”

“¿Palabras finales?”

“Eres un maricón de mierda, igual que tu padre”

Capítulo 4:

1982

Este mundo no es real. Hay lugares imposibles de visitar y otros donde los verdaderos recuerdos predominan. La respuesta es obvia: este es un sueño compartido.

Probablemente morir aquí me libere. Pero no es un riesgo que quiero tomar. Antes voy a probar unas putas de los 80's. O buscaré a alguien muy joven sentada en la Plaza de Armas. La miraré a los ojos y le haré saber su verdadera vocación: diosa. Las de 18 son las que más dura me la ponen.

Mi instinto me hizo pensar en mis padres. Ellos podrían darme dinero. Deserté.

Recordé que mi padre era un abusivo insoportable y mi madre alguien que nos daba almuerzo según cómo se alineaban los astros. Ya estaba loca en 1986. Además, verme en el pasado le daría la razón. Y no estaba dispuesto a eso. Así que me metí a casa cuando ninguno de los dos estuviera y les robé todos sus ahorros.

Luego me paré en un parque a esperar a las “rufianas”, muchas de ellas gordas y muy mal vestidas. Muy andinas algunas, muy viejas otras. Hacía calor, pero mi pene parecía un témpano de hielo.

Por eso ahora estoy buscando a una mujer joven, una que parezca oficinista, que complazca bien a su jefe. Una que se vea feliz pese a su trabajo de mierda. Esas son obviamente mujeres muy activas. O quizás una estudiante temerosa que no sabe si está estudiando lo que le conviene. Hoy sabrá que no.

Elijo a una, que sé que es puta. Sé quién lo es y quien no con una sola mirada. Pero un hombre viejo se me adelanta. Voltea a verme. Qué año es. Me pregunta. Viejo de mierda. Es puta, pero no loca. No es 1986, Charly. ¿Cómo sabe mi nombre este viejo? Despierta. Despierta, Charly. ¿Despertar? Viejo de mierda. Alguien ha creado este mundo, Charly. Lo sé, porque yo ya viví este viaje tuyo. Pero fallaste, por 4 años. Has llegado 4 años antes, Charly. Le compré este libro a la señorita. No es puta. A veces fallas. A veces fallamos. Mira la portada. No se lo compraste. Te lo tiró en la cara. La quisiste besar, viejo de mierda. Viejo loco. Siempre se debe pagar. Mira la portada, maldito estúpido. “Trilce”. De César Vallejo. ¿Qué tiene? Mira bien. Mira bien. No dice César Vallejo. ¿Nasar? ¿Quién es Nasar?

Tungsteno (2066)

(Versión de 1985)

Mafesti hacia pueblo esclavo. En vigilia dendera. Zabazuta el sonido algrir, de somis liberato.

Me susurro. ¿Me susurran?

Yo soy el que murió ahogado y también quien habla y escucha. Soy el que sueña y el soñado. Pero también alguien mira mis pasos.

Los sarlos son pueblo esclavo. Ellos son como concierto de luces, vibran en distintas intensidades señalando una sinfonía. Lo hacen guiados por el sol. Su música es plegaria. Hay algo en ella que los conecta.

Y puedo verlos cuando el sol se esconde. Cuando la música enmudece. Con claridad.

Camino al pueblo, alumbrado por sus casas altas, sus puertas altas. Ventanales. Mi contacto es uno de los grandes músicos. Él habla interpreta a la tierra. Sus cabellos son de luz. Sus dedos son delgados y largos.

Me recibe. Ya no toco suelo rocoso pulcro, sino azulejos. La gran entrada se esconde a los lados. Y se cierra con violencia. Me extiende la mano el anfitrión. Yo la alejo y le pido perdón. Intentamos hablar en crotol hasta que desistimos. Arbas es su nombre. Su piel refleja las luces del cuarto principal y me dirige hacia el que guarda la música.

“Brun... ¿hijo de Laper?”

“Sí”

“¿Sigues vigilándonos? ¿El imperio nos teme ahora?”

“Nadie les teme. Ustedes dan alimento y sabiduría”

“¿Y entonces? No vienes a aprender. La última vez te conté muchas historias. No las escuchaste”

“Discúlpame, sarlo”

“Te disculpo, crotol. Pero te perdiste la historia de la pequeña Constanza. Ella vino a aprender. Ella sabe sanar. Ustedes no son simples soldados ante sus ojos”

“Yo no vengo a vigilarlos. Quiero que se rebelen”.

“Nuestra religión es de paz”

“Tendrán que pelear”

“Yo no peleo. Mis hermanos hacen música, cultivan frutos, bailan, cantan”.

“No pretendo insultar tu cultura ni tu religión...”

“Ustedes también creen en muchas vidas”

“Arbas, ¿quién es tu Dios?”

“Un ser más allá del tiempo. Un ser justo”

“Arbas, muéstrame a tu dios y dejaré de luchar”

“Puedes conocerlo, pero debes creer primero en él. Debes ir a la montaña. En el templo serás uno solo”

El templo sarlo queda en la montaña que toca el cielo. La tradición exige ir a pie. El trayecto sobre el piso rocoso pero liso demora medio día de este planeta. Son escalones no aptos para visitantes, reservados para pisadas más fuertes y en contacto con la tierra. Llegué al pueblo cuando el sol despertó y llegaré al templo cuando esté descansando. Quizás mal presagio.

“No te vayas aún, crotol”

“No te daré la mano. Conoces mi cultura”

“No es eso. ¿No quieres escuchar lo que he compuesto? Un himno”

“No vas a pelear”

“Tengo hermanos que pelean, que protegen”

Arbas se conecta a su instrumento y deja de mirarme. Presiona teclas delante de él, se forman ondas como cuando la voz toca las aguas. Empieza de forma ascendente y remata con 3 sonidos contundentes. La música parece conversar entre ella. Es reflexiva hasta que gana convicción y fuerza. Y vuelve pausada, triste, avasallada. Rendida. Quizás ante un Dios en el que no creo. Y remata con 3 sonidos contundentes. Arbas me ve. Sus ojos vuelven a ver. Y decide volver en trance y darme su himno, pero yo no me arrodillo ante ningún Dios. Mi creador es el sol, el caos es mi vida. Las decisiones son mías.

Intento despertarlo y la música toma discurso. En mi memoria.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,

la resaca de todo lo sufrido

se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Veo la guerra. Los gritos. Las aves grandes y oscuras. Todo es gris. El sonido cae sobre la gente.

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras

en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.

Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;

o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Las plegarias cesan. Los gritos acaban. Arbas me muestra sus ojos perdidos. En trance. En resignación.

Y el hombre... Pobre... ¡Pobre! Vuelve los ojos, como

cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;

vuelve los ojos locos, ¡y todo lo vivido!

se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

Ahora mis pisadas son temblorosas. La luna acompaña mi viaje. Siento mi respiración. Aún. Puedo dar pasos sobre el suelo. Un. Suelo rocoso. Pero liso. Suelo que me señala. Un templo.

Este es el lugar en el que puedo recobrar mis recuerdos. En el que puedo ser al fin uno solo: el que sueña y el soñado.

“Bienvenido”, dicta un sacerdote en idioma esclavo, el mío: crotol. Pero yo lo he olvidado. “Eres hoy el otro Brun”, me dice en español.

“Hablas el idioma de tus captores”

“Debes venir conmigo”

“¿Quién habla? ¿Con cuál de los dos?”

“¿No reconoces mi voz? Tan distante a la dél”

“Quitáanse las máscaras o muevan las manos”

“Brun, hijo de Val. Pero también hijo de Laper. Concéntrate. Deja de mirar las posibilidades. Toma mi mano. Mira los detalles. No hay otro monje. Solo nosotros dos”

“Tengo tu mano y te seguiré”

“Ya lo has hecho”

“¿Entonces pudiste recordar?”

“Estos recuerdos... ¿Por qué no puedo conservarlos?”

“Porque debes decidir”

“¿Por qué Él no puede salvar a su hija? ¿Él es tu dios?”

“Él está condenado a observar”

“Entonces tu dios no es dios, tu dios es hombre”

Un mensaje de otro tiempo

(primer sueño, 2064)

El disco dorado era recordatorio de la raza que vibraba con su planeta.

Las melodías eran manifiestas en nuestros cuerpos. Yo vivía en el fin del universo antiguo, como mis hermanos. Fuimos soñados por la criatura, cuando aún se podía soñar, cuando los sueños eran reales.

Viajamos en busca de esa raza, no encontramos rastros. Las imágenes del planeta azul eran solo estática en nuestros radares. Aquel hermoso planeta no existía jamás. Solo quedaba aquel disco dorado y su música.

Cuando me tocó ser el soñador, mi raza, la que en la realidad más palpable estaba extinta, los crotoles, viajamos hacia ese planeta. Lo buscamos. Sí lo encontramos.

Algunos sueños pudieron ser reescritos. Pero la criatura, el Dios antiguo, dejó en ese planeta su condenación. La sentencia de muerte. El mar estaba enfermo, pero el veneno aún no llegaba a la humanidad.

No sabía a cuántos salvar. No sabía si le podía dar nombre y rostro a todos. Entonces lo soñé a él. Y le di habilidades. Lo hice sufrir, tener aventuras. Lo hice olvidar. Lo encerré. Fue una de tantos. Hasta que decidí que fuera él quien me matara.

Nasár (la sensación de la arena), ese fue el nombre que le di.

Sueño original

En 2050, las naves llegaron a la Tierra. Bueno, él no lo contará así. Lo soñé, pero no soñé a sus hijos. No soy culpable de su destino, solo de su cárcel. No decido lo que puede hacer, pero sí lo que no. Y de antemano. Y una oración extra, larga, como un final ajeno a sus deseos.

Nasar tuvo 6 hijos y entre ellos Constanza, la hija menor, la favorita. A ella no la hizo pelear. La llevó con la tercera raza del planeta, quienes le enseñaron a sanar. Le hablaron de las plantas, de las energías y las vibraciones del mundo.

Los sarlos le enseñaron todo a la princesa Constanza, la cual siempre los tuvo en gran estima. Como sus maestros.

Los soñé como los imaginé la primera vez, cuando yo era niño. Cuando supe de su idioma, de su música, de sus plantas y de sus animales.

Constanza pasó muchos años con ellos, a veces en días fugaces, en los que veía irisar las pieles de sus hermanos ante su dios que era el sol. Y veía a los músicos conectados a sus aparatos alcanzar las melodías que algriraban en todo el salón. Ella veía las ondas. La música era manifestación física y en su mente el relato cobraba vida. A veces no: no había historia, pero su cuerpo lloraba, se hundía en felicidad o en rabia.

Los maestros también le mostraron las toxinas y fue lo primero que aprendió a sanar. Recolectaba los venenos con sus manos y atraía todo el mal hasta que este se evaporaba en humos de distintos colores.

Eran seres de paz. Adoraban a un dios que veía a través de ellos. Ella quiso conocerlo, pero no dejaron que suceda.

En 2062, Constanza hizo su última visita. Llevó un aparato traductor, pero al final se conectó a la máquina musical y fue ella quien despejó la mente de sus hermanos. No surgieron palabras, pero sí su despedida y agradecimiento.

Pasó otros años estudiando la anatomía de seres visitantes, otras razas, de apariciones esporádicas, seres humanoides conquistados, heridos y saqueados.

En 2064, con 24 años, ella vio a su padre despedirse para la gran misión.

No pasaría su cumpleaños con él. Pero sí tendría noticias de sus hermanos: Agatha (34), el general Blue (32) e Ísabo (27), la más cercana a ella.

Aún pensaba en los otros dos, los que se quedaron en la Tierra, los que su padre mató.

Su madre, su padre y su hermano mayor irían a negociar la paz al lado del líder supremo. A mundo desértico, de escorpiones gigantes. Y a tantos otros.

Lo curó muchas veces, a quien creyó sería su amor de toda la vida. Pensó en él muchas veces. Otro niño "salvado". Despojado de sus verdaderos padres, al servicio del imperio. Dante tenía 13 años, cuando llegaron las naves.

El día que anunciaron su muerte, ella sintió que algo andaba mal con su mundo. Comenzó a ver los remaches, mi voluntad, en su mundo. ¿Por qué había sido elegida? ¿Por qué tenía esos poderes? ¿Por qué su padre los tenía? ¿Por qué todos hablaban una lengua de la Tierra? E incluso los días se contaban como si el planeta fuese la Tierra.

Ella fue consciente de las costuras de su prisión. Y buscó respuestas. Dante murió junto a su amigo Kef, un crotol, pero otro amigo suyo vivió. Brun fue un niño que fue tomado a los 15 años. Ella habló con él, pero el hombre no hablaba. Su mente seguía perdida en la guerra.

Buscó algún movimiento, y vio esos grandes ojos separados mirarla brevemente, pero entendió que eran solo los espasmos de alguien herido de muerte. Brun vivía en las tantas vidas que los crotoles le prometieron y no despertaría jamás. Su padre, un ser sin expresión, sin boca, sin ojos, incluso con ellos, le pidió retirarse.

Buscó a Ásabo, su hermana dos años mayor, y le dio razón en todo, pero decidió no hacer nada. Era una mujer temerosa, dulce, pero temerosa.

Pensó en visitar a las sarlos. Y lo hizo. La dejaron llamar a Dios, pero ella no pudo verlo. No pudo sentirlo en los ojos de ninguno de sus hermanos.

Dos años después, Constanza murió. Sin conocer el amor. Sin salir de ese planeta. A manos de su hermano mayor. Él le dio muerte.

Y su padre revivió la historia. Revivió la historia hasta que ganó consciencia. Hasta que yo lo hice Dios.

Y visitó mi sueño e intentó susurrarse y no pudo. Entonces le susurró a alguien más.

El nuevo Dios, yo, reescribí a Brun. Hice que salvara a Dante. Y que Dante cuidara de mi hija. Cuando ella fue herida de muerte, Dante la llevó al lago de las mil vidas.

Pude darle un nuevo comienzo, un mundo lejos de mi control, donde ella tuviera el final que siempre fue suyo.

Villa Laura (1986)

Capítulo 9: Biblioteca II

¿Está dormido? Se preguntan el maestro y la aprendiz. Nasar duerme. Parece la cabeza de un pajarito muerto. Apagan la radio. Y vuelven al laberinto.

Los libros de papá son de todos los colores y de varios tamaños. La madera es mayoritariamente clara, excepto por los muebles centrales donde Nasar guarda sus borradores en unos cajones. Con llaves, tres.

Tu padre dejó un borrador. No lo mire. Está bien, niña. Constanza. Dígame Constanza.

“¿Qué te pareció?” “¿Qué opinas de ambos libros?”, inquisa él. “Recuerdo haber leído “Tungsteno (2066)”, lo recuerdo por mi nombre. Me gusta la nueva versión”, responde ella. ¿Él te puso el nombre de ese personaje? Sí, por eso ese libro siempre me interesó. ¿Y tu hermana? ¿Regine? Sí, como mamá. Le puso ese nombre por mamá. Se llaman igual.

“¿Pero qué opinas del detective?”, insistió preocupado. “Nunca me gustó ese detective. Ni siquiera le gusta a Regine y ella tiene gustos... grotescos...”. Lo que más me gusta de papá es la sonoridad. Sí, pero la literatura es esencialmente historia. Y no es escritura automática. Hay una planificación previa. Constanza, debes saber ya qué quieres contar sobre tu madre. Es necesaria una estructura. Comprendo.

“Creo que tu padre esconde su dolor en esa comedia estrafalaria. Está jodido”

“¿Y lo de César Vallejo?”

“Fue un joven poeta. Murió en la cárcel. Tu padre lo admiraba”

“Mi papá también hacía poesía, ¿no?”

“Le sirvió para que lo publiquen en un periódico. Luego siguieron unas buenas novelas y luego todo lo demás”

“¿Por qué siempre lo critica?”

“Él me lo pidió”

“¿Y el texto sobre que lo vio volar?”

“Una broma entre amigos”

“Hay gente que se creyó eso... gente muy loca y peligrosa”

“Discúlpame, Constanza. Eso quieres, ¿no? Que me disculpe. Me disculpo, mucha...
hija”

“Bueno, señor Elías, ¿cómo se planifica una novela?”

“Debes entender que la historia refleja la realidad, pero enaltece su esencia”

“Entiendo. Debo exagerar algunos aspectos de la historia”

“Ellos hablaban del futuro, en conexión con su tiempo”

“¿Debo hacer eso? Suena a algo que haría papá”

“Todavía no. No huyamos de la esencia”

“¿Pero sí un poco de la realidad, no?”

“Así es. Estos son los textos de tu madre. Luis Borja la guio. La relación descrita por tu madre no es la de una alumna con su tutor”

“Entiendo. Sería muy típico...”

“En lugar de eso, la relación se da como si fueran dos desconocidos. Hay un asunto moral ahí que también enfatiza la problemática de un posible romance”

“¿Debo incluir eso?”

“Tu madre estaba enamorada de ese hombre”

“Es su tutor, alguien cercano. Fue algo platónico. Creo que tranquilamente podemos dejar la historia como es en realidad”

“Bueno, lo debes decidir. Otro aspecto de la historia es la soledad de Boni. En su historia no aparece su padre. Y su madre es alguien también distante. Y no tiene hermanas”

“¿No aparecen mis tías?”

“¿Las has visto muchas veces?”

“La verdad no”

Capítulo 10: Abulita

Las niñas recordaban a su abuelita. La veían en fotos grises, ligeramente movidas, como cuando ella las agitaba. Sonriendo. Ya con arrugas y cabello blanco. Ahora era joven. Ponían las fotos cerca a ellas para ver el parecido. Todas tenían sus ojos. Esmeralda y Amanda (ambas de 16 años) eran las intérpretes de un diálogo sin palabras ni idioma. Solo bastaban sonrisas o señalar cabellos o la forma de la cara. Almita, la más joven, señalaba su cabello. Y sonreía ante la negación de Azucena. Antes habría llorado. Esmeralda la abrazaba y luego todas se unían. Almita recordaba a su abulita y el día que le dijo que ella no tenía su cabello oscuro, pero no importaba. “Doesn’t matter. You are a Laura too. And better than that: You are an Alma”.

¿Cómo su cabello apenas más claro podía hacerla diferente? En su país era “hispana”. O mexicana. O puertorriqueña. Pero nunca peruana. Acá era una descendiente de negros con sangre indígena. Niña alegre. Ayudando a empacar los pasteles. Mirando a otros niños, con ternura.

Almita también veía los títulos de los libros de su abuelo, el escritor. “Tungsteno (2066)”, “Hermanos Colacho o presidente mata a presidente” o “Quijote (1937)”. Los intentaba leer, incluso las palabras inventadas. Los abría e identificaba grafías similares a su idioma. Esmeralda la ayudaba. Les gustaba las partes que no eran en español ni de este mundo, porque Esmeralda las leía de una manera y Almita de otra, más engolada. Azucena omitía vocales y se inventaba sonidos. Almita reía. Y Amanda juzgaba cuál era la mejor versión.

Si oyes mi canción

Alupo soriró

Si oyes mi canción

Lenasti matinó

Si oyes

Mi canción

¡Fenami soriró!

Vaho

niebla

Los roces

De

tu amor

Voy

Voy a vencerte,

¡muerte!

Voy a gritarte,

¡silencio!

Como niño, como hombre, ¡como dios!

Voy a

quererte,

hambre y soledad

Voy a

rendirme, ¡amor y corazón!

Como niño, como hombre, ¡y papá!

Barzi, xil

Barzi, amada

Barzi, amor

Apuntes

Por Boni Solís

Un pequeño mercado capitalista, por Boni

[Capitalistas muertos de hambre, por Boni y Luis Borja]

Me acoge el mercado y su gente. El olor no es muy agradable pero el incienso lo disimula mucho. Este agradable olor proviene de unas vendedoras que se recuestan en el piso. Ella me sonrío. La música

[Desperté, de nuevo, en aquel mercado. El olor, mezcla de pardusco y carmesí, agita mi cabeza: los murmullos me recuerdan su presencia. Silencio. Grito hacia a mí, apenas me escucho. Los alaridos zarandean mi cuerpo de niña y la música estridente mi cabeza.

La gente no adorna el entorno y sí lo manchan de los colores de la guerra. Son moscas. Revolotean. El espacio. Y todo se confunde. Van y vienen. A. Velocidades asquerosas].

Recorro el piso hasta avizorar a José, un hombre casi sexagenario que no ha perdido las ganas de trabajar. Él recibe a sus clientes con bromas mientras unos perros tristemente olvidados sacan la lengua y agitan sus colas. José se apiada de estos y les ofrece una parte de lo que ha cocinado para sus comensales. Los clientes parecen aprobar el noble acto. Él es casi como un activista.

[Entonces veo, tras el zumbido de las moscas, a José. Su apellido es lo de menos porque es nadie. Él destaca en el lugar porque es el rey de la informalidad y lo insalubre. Sus clientes y él se regodean en la inmundicia. Los perros merodean la escena. Son perros sucios y enfermos. Uno de ellos tiene un tumor purulento cerca de la cola. Es como una doliente cosa roja con bubón. José se apiada de la cosa y le tira unos trozos de pescado frito: lo hace frente a todos. El mismo animal vuelve casi todos los días. Es casi como un cupo].

Los clientes, sus amigos, se sientan sobre bancas. Estas tambalean. Todos ríen.

[Los clientes mantienen el equilibrio sobre unas escuálidas bancas. Jamás, según José, y no lo creo, nadie ha caído].

A la 1 y media de la tarde, José ya ha cocinado y vendido mucho de su comida. Agita los brazos para relajarse. Ha sido un buen día aunque ha quedado un poco.

[Es la 1 de la tarde y José ya ha freído el pescado. Espanta a las moscas y a los delincuentes. Algunos le roban la comida sin culpa: los alimentos parecen abandonados (casi como sobras).

Los clientes rondan la comida, pagan 3 monedas y se van. Otros se arriesgan y se sientan. El olor empieza a hacerse insoportable. Es como grasa quemada. Los pescados apenas pueden percibirse.

José tapa algunos alimentos con plástico. Otros no corren la misma suerte].

Son las 2 y media de la tarde, José regaló lo que le quedaba. La comida que tanto esfuerzo le costó hacer fue recibida por unos muchachos hambrientos y agradecidos: jóvenes vendedores ambulantes, gente trabajadora.

[Son las 2 de la tarde y hoy no vino el perro. A José le quedan sobras que recuerdan a las de hace dos horas. La textura del arroz sigue siendo chiclosa: sigue pegada a la suciedad. El pescado frito, en cambio, se ve más muerto.

José llama a unos muchachos: se trata de vendedores ambulantes. Regala la comida. Parece que lo ha entendido: su comida no vale nada].

Capítulo 1: el hombre sin rostro

Diciembre del 2020

Arrancó su propia existencia, rompió el ciclo de la manera menos esperada. Mi hermano ahora era libre, libre de salvarme en ese otro universo, libre de enfrentar a esos monstruos, libre de las manos de un demiurgo, de un dios hacedor. Podía esconderse de ese creador, uno que no lo veía todo.

Mi último sueño con mi hermano Esmeraldo no tuvo una despedida de verdad y no hizo falta. Amanecí llorando ese día cediendo a mis impulsos de niña. Era la primera vez que sentía una pérdida. La muerte es el estado verdadero; la vida, los recuerdos. La Razón no bastaba. Las aventuras habían terminado.

Mi familia, la verdadera, es de este y de otro mundo. Uno en el que el virus no existe, en el que los abrazos son una constante. Me siento privilegiada. Jamás tuve el deseo de crecer como otras chicas. Mi infancia es muy feliz (solitaria y, pese a eso, feliz).

Casi nunca me dicen señorita y casi nunca importa. Solo me importó cuando un señor joven me lanzó una mirada que pretendía descifrarme. No sabía que un hombre de su edad podía mirarme de esa manera. "Señorita", me dijo. Fue la primera vez que sentí el peso de esa palabra. Sé que muchas de ustedes me entienden. Dejamos de ser niñas y entonces algunas queremos ocultarlo. No queremos que nos miren o que intenten hablarnos. A algunas quizás sí les guste esa atención. A muchas de nosotras no, quizás no somos de este mundo.

En el mundo real solo recibía la atención de un chico. Bueno, del señor joven. Era muy incómodo. Siempre se me quedaba viendo. Mi mamá me había prohibido ir a comprarle algo. No me quiso decir lo que temía, yo lo adiviné. Ella se equivocaba, jamás me ilusionaría con un chico así. Su atractivo era un misterio. Sus ojos solo conocían la sorpresa. Mi cuerpo vibraba, quizás de miedo. La naturaleza se hacía presente y la sociedad también. "Cabeza abajo, Boni, haz que revisas lo que acabas de comprar". Por suerte, para él, yo era una mujer madura y responsable, ajena al

deseo básico de los animales. Mi intelecto siempre se interponía. Él no parecía ser como los otros señores, los otros chicos (los que ni me veían). Le iba bien en su negocio. No era pobre, no le iba mal. Y pese a eso, su vida parecía haber terminado. Esa fortaleza de vitrinas era un claustro, una tumba. Para mí llevaba muerto varios meses. A veces lo recordaba con cierto cariño. Me imaginaba que él era alguien distinto, alguien de verdad interesante.

«Esa chica de nuevo. Es casi una niña. No debería, pero me parece guapa. Sé que eso es ceder a mi lado animal. No. Yo soy un señor. Bueno, un señor joven. ¿Quién será su autor favorito? ¿Machado? ¿Quizás Góngora? Tiene 14 años, eso es evidente. Supe de su existencia el día que el Gobierno dejó que los chicos mayores de esa edad vayan a jugar a los mercados y a los centros comerciales. La miré por varios segundos. Descubrí su mirada y su buen gusto. Ella no viene a jugar, parece tener una rutina disciplinada. Y siempre viste de una manera recatada. Es una señorita. Quizás no es una chica como las demás. Hoy su nerviosismo esconde el grano cerca a sus labios. Esta vez nada mancha su frente. ¿Le gustará escribir y soñar despierta? Me gustaría leer algo escrito por ella. La literatura te transporta a otros mundos y me gustaría vivir en uno creado por ella».

Es 1936, tengo 17 años. Quiero unirme al grupo de mujeres que van a la universidad. También es 2023. Estoy frente al puesto de verduras en el que guardo mis recuerdos sobre biología (sistema inmunitario, principalmente). Cada verdura o legumbre me

alude a una pregunta. Así puedo recordar todo. Cada puesto del mercado está vinculado a un área del conocimiento. En mi casa hago lo mismo. Para recordar solo debo venir y pasear un poco.

Hoy es diferente. Nasar me pidió que me enfoque en lo que veo, más allá de la evocación. Es de noche. Veo la luz reflejarse en la baranda que casi toca el techo. Y entonces veo papas diminutas colgando en bolsas. En mallas rojas, como de pescar. Y al lado izquierdo un choclo algo moribundo, como sonrisa de abuelito. Y más a la izquierda una sábila seca, que parece abrazarse a sí misma. Suerte y abundancia. El choclo es cornucopia.

Abajo hay sacos que enmarcan el puesto. A la izquierda unas manzanas minúsculas y ácidas. Al lado cebollas. Otro saco, este lleno de oca, tubérculo largo, como gusano amarillento y rígido. A la derecha están todas las papas. Algunas más pálidas que otras. Unas más oscuras. Todas llenas de tierra. También en el medio hay un saco de choclos. Juego con las líneas que protegen el fruto. Imagino que toco un harpa. Al fondo veo muchas lechugas. Pienso en Fibonnaci. No debería hacerlo. A su lado está la lechuga blanca. Y por ahí cebolla china. Nasar coge unos camotes, mezclados cerca a las papas y las yucas. Y doy un último vistazo. A la televisión antigua del rincón izquierdo. A la luz tenue y blanca. Y al zapallo que parece la carne de un animal. Con cuchillo en medio.

Nasar se interesó en mi literatura gracias a Elías Monterroso. Pude publicar y mi texto fue ligeramente exitoso. Está de moda el romance.

Pienso que la literatura es importante, pero me inclino más por la repostería y la medicina. Nasar es un escritor muy famoso. Me recuerda un poco a Luis. Pienso mucho en él y en sus cartas. En sus correcciones.